

Tácito

Anales

Traducción, introducción y notas
de Crescente López de Juan



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1993
Tercera edición: 2017
Segunda reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción, introducción y notas: Crescente López de Juan, 1993, 2008
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1993, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-939-5
Depósito legal: M. 26.159-2017
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción, por Crescente López de Juan
- 9 Tácito, su vida y sus obras
- 15 Los *Anales*
- 32 La fortuna de Tácito y la tradición manuscrita de los *Anales*
- 36 Nuestra traducción
- 37 Bibliografía

Anales

- 45 Libro I
- 127 Libro II
- 204 Libro III
- 271 Libro IV
- 344 Libro V
- 349 Libro VI
- 403 Libro XI
- 439 Libro XII
- 496 Libro XIII
- 552 Libro XIV
- 611 Libro XV
- 678 Libro XVI

Introducción

1. Tácito: su vida y sus obras

Las noticias que tenemos sobre la personalidad de Tácito son más bien escasas. Además, la mayor parte de ellas proceden de fuentes indirectas y que a veces se contradicen entre sí, por lo que tampoco resultan demasiado seguras ni fiables. Así, comenzando por el nombre completo de nuestro autor, comprobamos ya divergencias entre las fuentes en la transmisión del *praenomen*: mientras Sidonio Apolinar¹ y los manuscritos más recientes le dan el de *C.* (Gayo), en el código Mediceo I aparece como *P.* (Publio), que es el comúnmente admitido como más probable. De sus antecedentes familiares tan sólo nos queda una alusión de Plinio el Viejo² a un tal Corne-

1. *Ep.* IV 14 y IV 22.

2. Plin. *Nat. hist.* VII 76.

lio Tácito, caballero romano y procurador de Bélgica, que bien pudiera ser un ascendiente suyo más o menos próximo; se ha pensado incluso en la posibilidad de que se tratara de su propio padre.

No existe dato alguno acerca de su lugar de nacimiento. En este punto todo son puras conjeturas. Se han barajado tres hipótesis. Algunos autores, siguiendo el parecer de Syme³, lo consideran oriundo de la Galia Narbonense (o tal vez de la Cisalpina); se basan en las detalladas noticias que aporta sobre estas tierras y en que se trata de un nombre bastante corriente allí; no son argumentos del todo convincentes pero no hay otros mejores. Hay una segunda opción que tiene menos posibilidades: la ciudad de Terni, la antigua *Interamna*, en la Umbría. Ésta era la patria de su homónimo el emperador Tácito, quien solía jactarse de ser descendiente suyo. Y en un pasaje de la *Historia Augusta*⁴, que alude a unas medidas que este emperador toma para favorecer el conocimiento de las obras del historiador, se basa una muy débil argumentación. La tercera opción, la de que fuera romano, está hoy prácticamente descartada⁵.

Tampoco hay nada seguro en lo relativo a la fecha de su nacimiento. La conclusión más aproximada a la que podemos llegar en este punto es a que éste hubo de tener lugar a mediados de los años cincuenta después de Cris-

3. R. Syme, *Tacitus*, Oxford, 1958, II, p. 611 ss. Sobre su posible lugar de nacimiento cf. también E. Paratore, *Tacito*, Roma, 1962², p. 27 ss.

4. *Hist. Aug. Flav. Vop.* 10.

5. Cf. R. Martin, *Tacitus*, Londres, 1981, p. 26 ss.

to, algunos antes que el de su amigo Plinio el Joven⁶; la conjetura se basa en que este último, nacido en el 62, comenta que eran casi de la misma edad y que, siendo él todavía joven, Tácito tenía ya renombre entre los abogados de mayor prestigio⁷. La fecha ofrecida por los diferentes autores varía de unos a otros, pero viene estando entre los años 53 y 57.

Desde muy joven lo tenemos afincado en Roma y entregado de lleno al aprendizaje de la retórica, a juzgar por el dato que él mismo nos ofrece al comienzo del *Diálogo de los oradores*: sus maestros fueron Apro y Julio Segundo, «los talentos de nuestro foro más admirados en aquel tiempo»⁸.

Es seguro su matrimonio en el año 78 con la hija de Gneo Julio Agrícola, un ex cónsul y militar de considerable prestigio que se había ganado la fama con sus campañas en Britania. Esto hubo de significar un gran impulso a la carrera política y administrativa de Tácito. No obstante, sobre sus comienzos no podemos hacer más que meras conjeturas. La habría empezado bajo Vespasiano con el desempeño de algún cargo de poca importancia, por ejemplo, un vigintivirato o tal vez un tribunado laticlavio; bajo Tito sería tal vez cuestor; bajo Domiciano tribuno de la plebe o edil. En fin, hay que esperar hasta el año 88 para tener un dato seguro: con motivo de la celebración de los Juegos Seculares, según una

6. Sobre las especiales relaciones de amistad entre ambos escritores cf. R. Syme, *o. c.*, pp. 59-121, donde de forma muy detallada se comparan entre sí las biografías de ambos.

7. *Ep.* VII 20, 3.

8. *Dial.* 2, 1.

de las pocas noticias autobiográficas que encontramos en los *Anales*⁹, lo tenemos formando parte de los *quindécimviri sacris faciundis*, un colegio sacerdotal encargado de ciertos sacrificios y ritos y de la custodia de los libros sibilinos. También por él mismo¹⁰ sabemos que después de esa fecha estuvo ausente de Roma al menos durante cuatro años, época en la que tuvo lugar la muerte de su suegro. Si su ausencia fue debida al desempeño de algún cometido oficial no se puede probar, pero sí es seguro que, desde su vuelta a Roma en el 93 hasta el asesinato de Domiciano, ejerció el cargo de senador durante el período más negro de la tiranía de este emperador, una tiranía que después atacará implacablemente.

En el 97, ya bajo Nerva, ejerce el cargo de *consul suffectus*, en la segunda parte del año. Sobre su actividad pública en esta época tan sólo tenemos noticias de una intervención: la *laudatio funebris* en honor de su predecesor Virginio Rufo¹¹, lo que se puede interpretar como una muestra de su colaboración con los nuevos tiempos de los Antoninos, parangonable con el *Panegírico de Trajano* de su amigo Plinio.

Al año siguiente, el de la llegada de Trajano al poder, comienza la publicación de sus obras con la aparición del *Agrícola*, una biografía de su suegro. En ella se mezclan todo tipo de elementos: la etnografía, la historia en la línea en que la concibe la tradición analística y, sobre todos ellos, la *laudatio funebris*. Goza de notable altura

9. *An.* XI 11.

10. *Agr.* 45, 5.

11. *Plin. Ep.* II 1, 6.

literaria, superior a la de otras biografías, por ejemplo las de Nepote o Suetonio, y sus fines son ante todo apolo-géticos.

Es probable que en ese mismo año 98 viera también la luz su segunda obra, que en principio se tituló *De origine et situ Germanorum*, aunque después fue más conocida como *Germania*. Constituye un tratado único, sin antecedentes en la literatura romana y de un contenido muy particular por tratar sobre un pueblo extranjero. Por todo ello, al intentar definir su carácter y finalidad, se han ofrecido muchas y muy variadas interpretaciones.

La paternidad del *Diálogo de los oradores* le ha sido muy seriamente discutida a Tácito por múltiples razones, tanto de estilo como de ideología. Así, Paratore mantiene la atribución de esta obra a un autor de segunda fila llamado Titinio Capitón¹². Entre quienes opinan lo contrario merece citarse E. Aubrion, que ha tratado de explicar los motivos que pueden haber llevado a Tácito a convertirse en historiador, y ha demostrado que no sólo no existe contradicción, sino que hay una verdadera complementariedad entre su formación retórica y su posterior dedicación a la historia¹³. Se da como probable fecha de composición el 102, año del consulado de su destinatario, Fabio Justo. El tema es nuevo en Tácito, aunque concuerda perfectamente con su faceta de orador y de teórico de la retórica; denota una preocupación generalizada que ya antes tuvieron otros autores como

12. E. Paratore, *o. c.*, pp. 166-169.

13. Cf. el prólogo a su obra *Réthorique et histoire chez Tacite*, Metz, 1985.

Quintiliano, fruto de la constatación de una evidencia: el Imperio y su nuevo orden político habían traído consigo una degradación de la oratoria tradicional republicana.

Plinio nos da noticias de una actuación conjunta de ambos en el año 100 como acusadores en el proceso contra Mario Prisco¹⁴; y a partir de ese momento le perdemos la pista casi completamente. Cabe suponer que dedicaría su tiempo a la composición de sus grandes obras históricas, sus principales y más valiosas producciones literarias: las *Historias* y los *Anales*. Ambas fueron las últimas en ver la luz y son la cumbre de su quehacer literario. San Jerónimo¹⁵ alude a ellas como conjunto, diciendo que componen treinta libros de la historia de los Césares desde la muerte de Augusto hasta la de Domiciano. De las *Historias*, que se publican en el 108 o 109 y que narran los acontecimientos más cercanos al historiador en el tiempo, no nos quedan más que los cuatro primeros libros y el comienzo del quinto. Al parecer, la obra completa constaba de doce a catorce y abarcaba desde el 1 de enero del año 69 hasta la muerte de Domiciano, pero lo que se nos ha conservado no llega más que hasta la sublevación de los bátavos en el año 70.

Sabemos que tal vez fue procónsul en Asia en el 112 o 113 y ahí acaban todas las noticias. Se admite comúnmente el año 117 como un término *post quem* para la publicación de los *Anales*. La conjetura se basa en *Ann.* II 61, donde se dice que el Imperio llega hasta el *mare rubrum*, interpretado como el Golfo Pérsico, lugar al que

14. Plin. *Ep.* II 11.

15. *Comm. in Zachar.* III 14.

Trajano había llegado en el 116, pero que tuvo que ser abandonado por Adriano en agosto del 117. Eso quiere decir que al menos este pasaje sería escrito en ese intervalo de tiempo y que por lo tanto la obra no pudo aparecer con anterioridad a esta fecha. No obstante, esa cita al *mare rubrum* también se puede interpretar como una alusión al actual mar Rojo, conquistado por Roma entre el 105 y el 106, con lo que la publicación se podría retrotraer hasta estos años¹⁶. Por último, y según su propio testimonio, sabemos que tenía en proyecto escribir una obra sobre el régimen de Augusto¹⁷ y otra sobre los reinados de Nerva y Trajano¹⁸; es de suponer que la muerte le sorprendiera sin poder llevar a cabo tales propósitos.

2. Los *Anales*

2.1. Composición y estructura

Así como en las *Historias* se narraban los acontecimientos ocurridos durante la dinastía Flavia, en los *Anales* se retrocede en el tiempo relatando sucesos más lejanos: los que van desde la muerte de Augusto en agosto del año 14 (al parecer el título original era *Ab excessu divi Augusti*) hasta la caída de Nerón en el 68; es decir, se abarca todo el período de la dinastía de los Julio-Claudios.

16. Cf. R. Syme, *o. c.* II, pp. 470-472, y J. L. Moralejo, *Anales* I, Madrid, 1979, pp. 9-10 y 175 nota 263.

17. *Ann.* III 24.

18. *Hist.* I 1.

La obra constaba al menos de dieciséis libros, pero el texto de que hoy disponemos no está completo y tiene importantes mutilaciones: hay una gran laguna que va desde el libro VII hasta mediados del XI (faltan aquí los acontecimientos de los años 37 al 47 d. C., con todo el reinado de Calígula y la primera parte del de Claudio); además hay otras menos extensas pero también importantes: la que abarca la práctica totalidad del libro V y parte del VI (con los acontecimientos de los años 29 al 31, todavía en el reinado de Tiberio) y desde mediados del libro XVI hasta el final (desde el año 66 hasta el 68), ya que es de suponer que la obra acababa con la caída de Nerón. Tradicionalmente se creyó que terminaba con el libro XVI, hasta que Ritter y, más tarde, Hirschfeld en sus respectivas ediciones demostraron que era muy probable que los libros hubieran sido un total de 18. Con Woelffling se comienza a hablar de una estructura en tres bloques, de seis libros cada uno (hexas) ¹⁹; si se acepta tal estructura (tal como hacen la mayoría de los autores hoy día), es necesario admitir, como es lógico, que los libros fueran un total de 18. Pero entonces, ¿cómo se explica el dato de San Jerónimo al que antes hemos aludido? Con 30 libros en total, y si los *Anales* tenían 18, tan sólo quedan 12 para las *Historias*, y éstos parecen pocos. Se ha intentado compaginar ambas interpretaciones suponiendo que los 18 libros de los *Anales* fueron sólo un proyecto, con lo que la teoría de las hexas queda a salvo si el autor no hubiera podido terminar

19. Woelffling, «Die hexadische Composition des Tacitus», *Hermes* XXI (1886), pp. 157 ss.

la obra por razones de fuerza mayor, por ejemplo, por sobrevenirle la muerte, y aquélla hubiera quedado inconclusa en el libro XVI²⁰.

Partamos, pues, de la división en hexas, y comprobaremos que la obra tiene una estructura muy equilibrada. Así, podemos fijarnos en primer lugar en los temas de cada una de ellas:

1) Primera hexas (libros I al VI): reinado de Tiberio. Comprende los acontecimientos de 23 años. Tenemos la laguna de casi todo el libro V y parte del VI.

2) Segunda hexas (libros VII al XII): reinado de Calígula y Claudio. Comprende los acontecimientos de 17 años. No conservamos más que el final de Claudio: últimos capítulos del libro XI y el XII.

3) Tercera hexas (libros XIV al XVIII): reinado de Nerón. Comprende los acontecimientos de 12 años. Falta la parte final.

Si, en una segunda vuelta, examinamos cada una de las hexas, comprobamos que en la primera hay un equilibrio mayor que en las otras. Pasamos, pues, a hacer la siguiente división:

1) Primera hexas:

a) Libros I al III: los «buenos tiempos» de Tiberio.

b) Libros IV al VI: los peores años de su tiranía. Al comienzo del libro IV se marca perfectamente este cambio: *Tiberio mutati in deterius principatus initium*, «(aquel año) marcó el comienzo del cambio a peor en el principado de Tiberio» (IV 6, 1).

20. Cf. R. Syme, *o. c.* II, p. 687.

2) Segunda hécada: no tenemos posibilidad de examinar su estructura porque nos falta en su mayor parte.

3) Tercera hécada:

a) El libro XIII correspondería a un quinquenio de relativa tranquilidad en el que Nerón aún está bajo la influencia de sus preceptores Séneca y Burro.

b) Los libros siguientes abarcan ya los peores años del terror con los siguientes puntos culminantes: libro XIV: asesinatos de Agripina y Octavia; libro XV: incendio de Roma y conjura de Pisón; libro XVI: muertes de Popea, Petronio, Trásea, Sorano, etc.

Por otra parte cada libro, si se le mira desde el conjunto, constituye aisladamente un todo bien sólido²¹.

Además está el esquema analístico, avalado por el título que el propio Tácito da en varias ocasiones a su obra y que es por el que comúnmente se la conoce. Pues bien, en la primera hécada se mantiene con un rigor especial: cada libro comienza con un nuevo año y en ninguna ocasión los acontecimientos se incluyen en la narración de otro año distinto a aquel en el que sucedieron. En cambio, al igual que ocurría en la estructura, una mayor libertad preside la segunda parte de la obra, donde es frecuente que los sucesos se agrupen en torno a un lugar común (a su protagonista o al sitio donde acontecen, por ejemplo), con independencia del año en que sucedieron. Así, en XII 31-40 se concentra la narración de siete años de campañas en Britania.

21. Cf. Ph. Fabia, *Les sources de Tacite dans les Histoires et les Annales* (París, 1898), Roma, 1967, p. 437.

2.2. Fuentes de los *Anales*²²

En principio se puede afirmar que, por regla general, los documentos que utiliza el historiador son de segunda mano. A veces, no obstante (aunque sólo en la segunda parte de la obra), hay alusiones expresas a consultas personales de ciertos documentos oficiales, tales como los *Acta senatus* y los *Acta diurna urbis*²³. Los archivos imperiales (*commentarii principum*), a pesar de los muchos datos que habían de contener, no eran fácilmente accesibles para los historiadores. Sabemos que hubo al menos unas memorias de Tiberio y una autobiografía de Claudio. Pues bien, nuestro autor afirma haber acudido a los discursos del primero de ellos²⁴; problema aparte es la más que probable parcialidad con que hubieran sido redactados tal tipo de documentos.

Fuentes igualmente utilizadas eran las memorias de otros personajes importantes, como las del general Suetonio Paulino sobre su campaña en Britania²⁵.

22. De la abundante bibliografía sobre este tema entresacamos la siguiente: Ph. Fabia, *o. c.*; C. Questa, *Studi sulle fonti degli Annales di Tacito*, Roma, 1963²; la introducción a la edición de Furneaux (Oxford, 1965²), pp. 13-22. Más modernos son los trabajos de R. Syme, «Tacitus: some sources of his information», *Journal of Roman Studies* LXXII (1982), pp. 68 ss., y E. Aubrion, *o. c.*, pp. 67-83.

23. Para Syme (*o. c.* II, pp. 742 ss.) el hecho de que las indicaciones sobre la consulta de estas fuentes estén sólo en la segunda parte de los *Anales*, en tanto que nunca se citan en la primera a pesar de acudir constantemente a ellas, es un indicio de que el autor no tuvo tiempo para terminar de corregir completamente su obra. Cf. J. N. Adams, «Were the later books of Tacitus' Annals revised?», *Rhein. Mus.* CXVII (1974), pp. 322-333.

24. *An.* I 81.

25. Plin. *Nat. Hist.* V 1, 14.

Con alguna frecuencia alude también a informaciones recibidas por vía oral y a sus propios conocimientos personales; es de suponer que se sirviera igualmente de ciertos discursos escritos de sus contemporáneos, o de panfletos en circulación u otros materiales de este estilo. Pero será en las *Historias* donde, por la proximidad de los acontecimientos, se le ofrezca una mayor posibilidad de hacer uso de tal tipo de documentos.

Tal como hemos observado, no es frecuente que nuestro autor cite sus fuentes. Así, en los seis primeros libros tan sólo se alude a dos: la *Historia de Germania* de Plinio el Viejo (I 69) y las *Memorias de Agripina la Menor* (IV 53)²⁶. En los últimos libros se cita a Plinio (XIII 20 y XV 53), a Cluvio Rufo (XIII 20 y XIV 2), a Fabio Rústico (XIII 20, XIV 2 y XV 61) y a Domicio Corbulón (XV 16).

Por otro lado, parece adivinarse una intención, al menos, de ser objetivo; en efecto, se puede comprobar que la tendencia a citar sus fuentes se da sobre todo en los casos (bastante numerosos, por cierto) en que el autor está en desacuerdo con ellas²⁷, o cuando, al ser divergentes las informaciones dadas por unas y otras, su enumeración le sirve para dejar abierto un abanico de posibles interpretaciones y dar con ello un testimonio fehaciente de la complejidad del actuar y del pensar humanos. Cuando

26. Para C. Questa (*o. c.*, pp. 211 y 172) estas memorias constituyen la tercera fuente de Tácito, detrás de las dos principales, Plinio y Cluvio Rufo.

27. M. A. Giua, en «Storiografia e regimi politici in Tacito ann IV 32-33», *Athenaeum* CXIII (1985), pp. 5-27, apunta que este juicio negativo de la historiografía de su tiempo viene dado por esa actitud crítica suya para con el principado, la cual le impide ser objetivo; de ahí la necesidad de una nueva historia.

alude a habladurías o a comentarios anónimos (lo que él nombra con términos tales como *rumores o fama*), trata también de favorecer este tipo de intenciones; por otra parte, siempre que puede, intenta que éstos no entren en contradicción con la historia oficial, y que sirvan para suplir las insuficiencias de ésta o, a veces, para dar una oportunidad a los contestatarios.

2.3. Los *Anales*, una obra moralizante y política

Los *Anales* se han denominado «la obra mayor de Tácito». Efectivamente, en ella es donde el autor alcanza un mayor dominio de las técnicas, tanto historiográficas como literarias. Constituye como un fresco, inmenso y grandioso, de la turbulenta historia de medio siglo. Pero aún hay más: la visión e interpretación de esos acontecimientos se hace desde una perspectiva tan particular y exclusiva que se llega a tergiversar de forma seria la verdad histórica. Veamos algunos ejemplos.

La parte más famosa de la obra, la más estudiada y la que ha suscitado más comentarios encontrados y mayor polémica es la dedicada al reinado de Tiberio (libros I al VI)²⁸. El autor se recrea en estudiar la psicología de este emperador con una finura tal, que parece como si estuviera realizando sesiones de disección de su alma tortuosa. Tiberio parece la obsesión de Tácito. Es cierto que este personaje sinuoso, resentido, siniestro, maestro ini-

28. L. Bruno, «Il Tiberio di Tacito», *Riv. Stud. Class.* XI (1963), pp. 267-278.

gualable en el arte de disimular y en el odio contenido, es la más grandiosa creación de Tácito, pero sólo desde el punto de vista literario o artístico.

En cambio, desde la perspectiva histórica, su parcialidad es evidente. Ahora bien, si leemos la obra con atención, encontraremos las bases para esa rehabilitación que después se ha hecho del personaje; y es que Tácito le reconoce también sus méritos, aunque menos: por ejemplo, en algunas ocasiones nos lo presenta esquivo ante los honores, enemigo de la adulación personal, deseoso de poder contar con la colaboración del senado, sensato en política, interesado en la grandeza del Imperio, respetuoso con la tradición. Pero es la otra versión, la del resentido y rencoroso, la del viejo lúgubre y depravado, la que predomina. Según G. Liguori²⁹, ésta vendría propiciada por sus mismos sucesores, pertenecientes todos a la familia de Germánico, su mortal enemigo: Claudio y Nerón quedan como guardianes de los resquemores y sospechas de Agripina la Mayor. Las memorias de la hija de ésta, la llamada Agripina la Menor, estarían en la misma línea, y acabamos de decir que Tácito las utilizó.

Pero también ocurre algo parecido en las partes correspondientes a otros reinados: si del de Calígula se ha perdido todo y lo que tenemos de Claudio, sus últimos años, inspira compasión por el personaje más que otra cosa, Nerón constituye el perfecto remate de la dinastía. En la narración de su maldad, de su tiránico comporta-

29. G. Liguori, *Personaggi tacitiani*, Bolonia, 1983, pp. 31-69. En el resto del libro se estudian además los retratos de Mesalina, de Agripina la Menor y de Séneca.

miento, de la implantación de su régimen de terror, se basa la teoría que atribuye a nuestro autor una especial aversión a todos los Julio-Claudios. Pero no nos parece suficiente que toda la responsabilidad de esas evidentes desviaciones recaiga sobre las fuentes que ha empleado. Tiene que haber otras motivaciones más profundas que le han llevado a presentar esa visión tan particular y exclusiva de la historia. La explicación puede estar en que Tácito ve a los personajes que intervienen en ella desde una óptica muy especial: su propia moralidad. Él es un perfecto conocedor del alma humana con todas sus miserias, y eso le lleva a ser implacable sobre todo con los poderosos, que son quienes, para satisfacer sus vicios, pueden abusar más gracias a su prepotencia.

Además, esa mentalidad suya, tan austera, no le permite estar contento con los nuevos tiempos. Y dado que la época republicana fue en esto muy superior, no deja pasar la ocasión que le permita elogiar a los garantes de las antiguas virtudes o a quienes manifiesten su oposición a cualquier forma de tiranía, incluso aunque sean personajes poco importantes y hasta sin nombre; de ahí sus simpatías por los honrados centuriones del ejército o por los libertos y esclavos que, en su lucha contra el poder, admiten que se les atormente hasta morir antes que traicionar su lealtad, como es el caso, por ejemplo, de Epícaris; en cambio, desprecia profundamente al pueblo que, habiendo sido el alma de la vieja República, ahora se dedica al más bajo servilismo.

Pero ¿cómo compaginar su aparente añoranza por la libertad republicana con la lealtad de sus servicios prestados a los emperadores? Pues bien, Tácito concibe su

historia como un intento de explicación de la evolución del régimen imperial³⁰. Éste había comenzado con Augusto, un hombre excepcional, y a partir de su muerte el régimen hubo de pasar la prueba de caer en manos de otros mucho menos capaces que su fundador. Pero Tácito está plenamente convencido de que la República es cosa del pasado y de que al pasado no es posible volver. Por lo tanto, podemos decir que nuestro autor no es ni un revolucionario ni un opositor. Considera el Imperio como el resultado de la continua evolución del devenir histórico, y nos ofrece una visión épica de la historia, haciendo de su obra una auténtica profesión de fe en la patria romana. Su intención no es señalar la decadencia de Roma, sino su resurgir.

Por otro lado, teniendo presente la tradicional vinculación entre la historiografía y la exaltación nacional romana, los *Anales* de Tácito representan la culminación del género como expresión última de la tradición oligárquica senatorial. Son trescientos años los que se cierran con esta obra; de ese largo período recoge conceptos tan romanos como los de *virtus*, *gloria* o *libertas*; tales conceptos habían brillado más durante la República, gracias a las posibilidades que ofrecía la conquista del mundo y la ley de libre competencia entre aquella oligarquía senatorial, entonces en el poder. Pero Tácito no es un republi-

30. Sobre esta concepción del Imperio, cf. P. Grimal, *Tacite*, París, 1990, pp. XXX-XXXI; K. Büchner, *Tacitus und Ausklang*, Wiesbaden, 1964, pp. 61-67; H. Drexler, *Tacitus: Grundzüge einer politischen Pathologie*, Hildesheim (1935), 1970², pp. 11-45; C. J. Classen, «Tacitus, historian between republic and principate», *Mnemosyne* XLI (1988), pp. 93-116.

cano acérrimo que esté esperando ni añorando la vuelta del antiguo régimen. Es plenamente consciente de que cada época tiene su forma de estado y de que cada cual ha de vivir en la que le corresponde³¹. Según A. Cook³², pretende mantenerse a caballo entre la exposición de las causas del deterioro del ideal republicano y la descripción de un proceso inevitable y recurrente, convirtiendo así la historia en algo cíclico y lineal al mismo tiempo. Se produce entonces una discrepancia y de ella emana ese innato pesimismo que rezuma por todas sus obras históricas.

Pero él no pretende cambiar la historia, hay un destino que rige los acontecimientos humanos y no es posible oponerse a él. Siempre hay unas causas internas que explican el comportamiento de los hombres³³. Según afirma Moralejo, «para Tácito la historia, en cuanto análisis y explicación de los hechos pasados, es una actividad aplicada, práctica y, más concretamente, moral»³⁴. En ese plano

31. Esta idea está presente en múltiples pasajes de los *Anales*, pero sobre todo aparece con toda claridad en *Hist.* I 1 y I 16.

32. «Scale and psychological stereotyping in Tacitus' *Annales*», *Maia* XXXVIII (1986), pp. 235-248.

33. Este punto de vista filosófico ha sido estudiado por R. Häussler, *Tacitus und das historische Bewusstsein*, Heidelberg, 1965; explica la particular visión que tiene Tácito sobre los hechos, las épocas históricas y sobre el hombre mismo como agente de la historia, incluido el papel de otros factores «metafísicos»: *fatum, causae fortuitae, natura o dei*. Existen también numerosos artículos sobre este asunto; citamos los de P. Beguin, «Le *Fatum* et *Fortuna* dans l'oeuvre de Tacite», *AC* XXII (1953), pp. 315 ss.; «Le positivisme de Tacite dans la notion de *Fors*», *AC* XXIV (1955), pp. 352 ss.; J. Cousin, «*Fatum* et *Fortuna*. Réthorique et psychologie dans Tacite», *REL* XXIX (1951), pp. 228 ss.

34. J. L. Moralejo, *o. c.*, p. 20. Cf. M. R. Lanza, «L'opera di Tacito come documento morale», *Aevum* XX (1946), pp. 72 ss. y 232 ss.